

Las relaciones entre civiles y militares*

Roderic Ai Camp**

Los observadores se preguntan cuál es el papel que desempeña el cuerpo de oficiales en las relaciones cívico-militares, cómo se alteró en los años recientes, y si es probable una intervención de los militares en la política mexicana. La esencia de la investigación original para este trabajo se puede encontrar en los capítulos precedentes. Por necesidad, este capítulo es bastante especulativo, pero mucho depende del modelo utilizado para describir las relaciones cívico-militares.

Desde 1960, un punto en el que coinciden la mayoría de los analistas es que el papel político de los militares parece que va ir fortaleciéndose. Esta perspectiva sugiere que en la curva histórica de relaciones cívico-militares, los militares ya alcanzaron su punto más bajo de influencia política, y lógicamente, más que permanecer estáticos, sólo podrían embarcarse hacia una actividad mayor y dejar de lado otras tendencias contrarias que ya han durado demasiado. Se debe de tener un gran cuidado al aceptar este argumento puesto que existe alguna confusión entre el asunto fundamental de la subordinación de los militares hacia el poder civil y el papel de los militares en la sociedad. Implícitamente, los analistas han confundido una expansión del papel de los militares con una mayor influencia política, y mayor influencia política con una disminución del respeto a la autoridad civil. Claramente, es posible desligar los dos fenómenos.

Las relaciones cívico-militares son un componente complejo de interacciones más amplias en la sociedad. Además las interacciones son dinámicas y no estáticas. Sam Sarkesian las describió muy bien como "el balance que resulta, entre los militares y la sociedad, de los patrones de conducta y la interacción entre los

militares profesionales e importantes actores políticos".¹ Henry Bienen advierte con acierto que las relaciones cívico-militares en las naciones del Tercer Mundo, aún en países como México, en donde la institucionalización es relativamente fuerte, son a menudo informales e inestables y no se pueden entender usando modelos de interés de grupo.²

La corriente intelectual occidental percibe a la fuerza armada como apolítica y estrechamente limitada dentro de sus propias fronteras institucionales. Sarkesian sostiene que este punto de vista está bastante equivocado y que el modelo de equilibrio es mucho más apropiado. "Los requisitos de una ideología democrática no llevan a un subsistema separado, alejado de la sociedad. La legitimidad y credibilidad de cualquier sistema militar se mantiene con sus vínculos hacia la sociedad y el reflejo de valores sociales básicos".³

El modelo de equilibrio se edifica sobre el concepto de engranes, no sólo en el personal sino en los valores, entre sociedad civil y los militares por un lado, y entre el liderazgo político y el cuerpo de oficiales por el otro. Su "compañerismo es una entremezcla educacional y socializante, en donde son congruentes los valores y la ética de las élites militar y civil".⁴ Este lazo crea un dilema importante en nuestro análisis sobre las relaciones político-militares mexicanas. La opinión convencional ha sido que las fuerzas armadas, aún en el mundo industrializado, se han aislado, que las interrelaciones entre los oficiales y los otros miembros de la sociedad son poco frecuentes y limitadas.⁵ Con este trabajo, se hace patente el secreto en el que los militares mexicanos se cubren. Los militares no estimulan una libre corriente de ideas, ni un intercambio natural o de otra clase entre el cuerpo de oficiales y el liderazgo civil. El dilema es que si uno acepta el modelo de equilibrio como una representación más precisa de lo que deberían ser las relaciones

* Se trata del capítulo final de su libro *The Military Modern Mexico*, Nueva York-Oxford 1992, págs. 212-235.

** Tulane University.

contemporáneas entre civiles y militares, entonces un acercamiento entre los liderazgos civiles y militares requeriría muchos cambios en el patrón tradicional mexicano. Al mismo tiempo, tales cambios se verían como un crecimiento del papel político de los militares, en vez de una consolidación de la presente relación.

En un modelo político en donde el estado es tan "yo abarco-todo", el aislamiento de los militares ha llevado sorprendentemente a los políticos a saber muy "poco acerca del pensamiento del ejército" o acerca del "funcionamiento interno de las fuerzas armadas".⁶ Un general afirmaba:

El gobierno siempre ha dejado [a las fuerzas armadas] aisladas de los civiles porque siempre ha tenido miedo de lo que políticamente traiga este contacto. Los últimos 5 ó 6 presidentes no nos han conocido mucho, y esto tiene un extraordinario impacto en quien está electo o asignado para altas posiciones. En otras palabras, los militares en sí mismos tienen más influencia en esta decisión que el presidente por su falta de contacto personal con el alto mando.⁷

Los últimos presidentes están de acuerdo con esta afirmación. Según un ex-presidente, durante su campaña:

Tengo reuniones con todos los comandantes militares de la zona y llegué a conocer personalmente un poquito acerca de ellos y de sus registros de servicio... Escogí a 4 de estos comandantes de zona, quienes me impresionaron mucho, y luego estudié sus carreras con mucho cuidado. Escogí a [...] como mi secretario de defensa nacional [...] Este proceso de selección me fue aconsejado por mi predecesor.

Mi contacto con generales fue sólo superficial y excepcional, incluyendo especialmente al General [...] (por eso su elección para secretario de defensa), antes de mi campaña presidencial.⁸

De esto se desprende que la conducción del Estado está heterogéneamente dividida entre civiles y militares. El liderazgo del Estado, representado sobre todo por el Ejecutivo, está compuesto por individuos que son muy homogéneos, urbanos, clase media, y con educación superior. Sus motivaciones, metas, educación y antecedentes, son muy similares y tienen el "efecto claro de reducir el nivel de hostilidad y conflicto" entre las secretarías.⁹

Existen dos posibilidades para la división del liderazgo entre civiles y militares. En un pasado reciente se produjo una grieta profunda entre los líderes civiles

y los militares. La división es necesariamente artificial y resulta que para profesionalizarse, para eliminar el liderazgo civil o político sobre los militares, las fuerzas armadas de México se volvieron cada vez más herméticas e introvertidas. Un oficial concluyó que los militares perseguían una política determinada.

Es verdad que no tenemos contacto social... Realmente no quieren que hablemos con nadie para no hacer comparaciones entre nuestra vida y la de los civiles. De hecho, de todos los ejércitos en los que puedo pensar en el mundo entero, no puedo pensar en ningún militar en donde esta separación sea tan exagerada. A propósito nos han aislado, en nuestro desarrollo, de los civiles.¹⁰

Las modificaciones en la sociedad mexicana desde 1968, especialmente desde los 80, hacen que los militares, con todo y las muchas barreras contra la intromisión "de los civiles" hayan estado cada día más influidos por los valores, actitudes y expectativas de los civiles. Esto ha sido el caso en otros lugares en el mundo occidental.¹¹ Los mayores eventos políticos en Europa oriental no pueden sino alentar a las percepciones (civiles y militares) mexicanas, de modernización política.¹²

Antiguamente, la presencia de una gran cantidad de militares en oficinas políticas y de muchos políticos fogueados en el alto mando militar, lubricaba canales de comunicación. No sólo estos dos tipos de líderes eran similares en antecedentes y en experiencia sino que establecían relaciones personales entre las burocracias civil y militar. El declive constante hasta la eliminación del oficial político-militar puso fin a esta unión significativa, con sus muchas consecuencias benéficas.

La segunda división, poco conocida en México, es el conflicto potencial entre armas. México ha frenado esta tendencia al proveer una estructura más unificada en términos de mando, creando sólo 2 cuerpos: el ejército y la armada.¹³ Bajo el presidente López Portillo se consideró una propuesta para unificar totalmente a las fuerzas armadas. Después de serias consideraciones, López Portillo rechazó la propuesta.¹⁴

La fuerza aérea, integrada estructuralmente a la Secretaría de la Defensa Nacional, le está subordinada a ésta. De hecho, es sólo un décimo-séptima parte de la armada (la proporción en Argentina es de 1.5, y en Brasil de 1.4).¹⁵ Durante muchos años la mayoría de los oficiales de la fuerza aérea fueron formados con los cadetes del ejército en el Heroico Colegio Militar; más tarde, cuando el Colegio Aéreo lo reemplazó, se encontraron con ellos en la Escuela Superior de Guerra. Ahora sólo asisten durante un corto periodo al

Heroico Colegio Militar, antes de pasar al Colegio Aéreo. El curso del personal de la fuerza aérea en la ESG, está separado, y sólo dura 2 años. Según los oficiales que asistieron a la ESG, los oficiales de las fuerzas aérea y naval lo son respetados por sus iguales del ejército. De hecho, un oficial naval enlistado en la ESG se consideraba como "otro extranjero", indicando un estatus a la par del de los oficiales extranjeros.¹⁶

Como venimos diciendo, el mando de la fuerza aérea está subordinado a la Secretaría de Defensa.¹⁷ (...)

De todos modos, las rivalidades se podrían dar más bien entre la marina y el ejército. Un ejemplo, en 1981 cuando el PRI buscaba su candidato a la presidencia, el secretario de Marina afirmó públicamente que una candidatura militar era inapropiada porque había muchos civiles calificados. El secretario de la Defensa contestó que también había buenos candidatos del ejército y dijo que no había ninguna razón para excluirlos sólo porque eran militares.¹⁸ Los dos continuaron a estar repetida y escandalosamente en desacuerdo en éste y en otros puntos.¹⁹ De vez en cuando las fricciones llegaron a flote en el ejército mismo. Ackroyd afirmaba en esa época que eran duras las rivalidades dentro del cuerpo de oficiales en los años 1970.²⁰ Los observadores comentaron el desprecio de los graduados de la ESG para con sus colegas no graduados. Tal elitismo de parte del personal y del mando graduado (DEM) crea finalmente un potencial de hostilidad y tensión dentro del ejército.²¹

Para que los militares estén más integrados con los civiles, tendría que alterarse la visión que la sociedad y ellos mismos tienen de este cuerpo. Ahora bien, los cambios políticos actuales están afectando al sector civil, y al militar y sus relaciones con la sociedad. Como lo dice Sarkesian, las fronteras se han vuelto más borrosas.²²

Una segunda característica del modelo de equilibrio es el concepto de adversarios amistosos; esto presume que aunque los adversarios no estén de acuerdo uno con el otro sí estén al menos dentro de "las reglas del juego" democrático;²³ en estos momentos México está en plena transición de un estado semi-autoritario hacia un modelo más plural. (...)

Una de las peculiaridades de los militares, compartida por los sectores civiles de la sociedad mexicana, es su falta de habilidad para negociar; según cierto analista, los militares encuentran difícil el ajustarse a las negociaciones políticas porque su proceso de socialización tiene lugar en un ambiente cerrado.²⁴ Esto lleva naturalmente al secreto y al aislamiento.

El aislamiento aumenta el comportamiento de la no negociación, pero no parece ser la causa más importante de tal conducta. Primeramente, la falta de respeto al adversario afecta a todos los actores políticos: civiles y militares. La diferencia es que los actores militares, desacostumbrados a operar en el contexto del dar y tomar recurren a la fuerza, encontrando esto como una regla aceptable del juego. Hacerlo no implica que los militares respeten menos a los adversarios que sus iguales civiles; simplemente tienen a la mano las formas para imponer a otros sus puntos de vista políticos. La aceptación de los puntos de vista del adversario es rara en los grupos de liderazgo; más bien es un producto de la cultura ciudadana general. En segundo lugar, el sistema político puede ser estructurado de tal manera que la articulación de los intereses, como se entiende usualmente en los Estados Unidos, sea atípica. Esa articulación, cuando los cuerpos legislativos desempeñan un pobre o ningún papel a la hora de tomar una decisión —como es el caso de México— no está presente; así no hay lugar para ese tipo de habilidad política. Los cambios en el proceso electoral desde 1987 llevan, por supuesto, a valorizar la capacidad para negociar, pero hasta el momento, sigue predominando la necesidad de luchadores burocráticos dentro del Ejecutivo.

Ocasionalmente, cuando un asunto político concierne a la situación material de los veteranos, es evidente algún apoyo gremial de los militares retirados.²⁵ Sin embargo, generalmente hablando, la actuación militar es silenciosa y cerrada para los de fuera. Por ejemplo, cuando México decidió comprar los cazas F-5 de los Estados Unidos, insistió para que los Estados Unidos mantuvieran el secreto hasta después de su venta.²⁶ Aunque los militares han operado raramente como un grupo fuerte a la hora de tomar decisiones, sí han proporcionado un canal para otros grupos con medios establecidos de comunicación política. A menudo gente de provincia dirige sus quejas a través de comandantes de zona, y más recientemente, los residentes de la Ciudad de México registraron quejas con la Secretaría de la Defensa.²⁷

Actualmente los militares son los guardianes de las élites civiles. Sin embargo, pueden surgir novedades.²⁸ Hasta ahora, primero, los militares suministraron la información empleada en el proceso de tomar decisiones. Segundo, y más importante, los militares funcionaron tradicionalmente como agente de refuerzo de políticas dirigidas por civiles.²⁹ Desde 1946 el ejército ha jugado un papel muy visible en las elecciones. Mc Alister dice:

Está encargado oficialmente de conservar el orden antes, durante y después del voto; y de cuidar los lugares de votación, las papeletas y las urnas. Su control potencial es enorme y a pesar de las protestas oficiales de imparcialidad, hay un testimonio substancial de que en elecciones recientes, ha actuado para intimidar o suprimir a la oposición y para influenciar a los votantes y manipular los votos en favor de los candidatos del PRI.³⁰

Eso fue escrito a fines de los años 1960. Pero podría haberse escrito a fines de los 80. La intensa actividad electoral que ha caracterizado a México desde 1985, especialmente desde 1988, puso a prueba la objetividad militar.³¹

En tanto aumente la lucha electoral lo que es muy probable aumentará la influencia de los militares, en último caso como moderador a la hora de resolver disputas políticas.³² En sí mismos, los militares no son diestros en este papel. Como lo argumenta el manual oficial de la Escuela Superior de Guerra sobre seguridad interna:

Es importante saber que en principio no se debe usar la fuerza para mantener el orden interno... Si las fuerzas armadas son frecuentemente empleadas en otros tipos de funciones, existe el peligro de que su participación en políticas internas proyecte una imagen distorsionada y resulte que los militares sean considerados como instrumentos de represión en manos del gobierno.³³

A propósito de las elecciones en Michoacán en 1990, un oficial contaba que muchos de sus colegas "favorecían la candidatura de Cárdenas. Pienso que los políticos, incluyendo al presidente, están muy nerviosos acerca de su simpatía hacia Cárdenas. Cuando Cárdenas pidió que el ejército interviniera para mantener el orden, los políticos se asustaron por su influencia potencial".³⁴

A principios de los 80 el cuerpo oficial, creyendo que el Estado necesitaba su ayuda, buscó un papel mayor. El Gral. Félix Galván dijo al presidente López Portillo en la VIII Junta regional de comandantes de zona, que las fuerzas armadas deseaban "más tareas y nuevos medios" pues su opinión era que "podemos hacer más por nuestro país".³⁵ Durante los primeros años de los 90 los cambios en las relaciones cívico-militares no han amenazado la estabilidad del actual modelo político pero han implicado una alteración del papel de los militares.³⁶ En otras palabras, el militar está sustituyendo a otros actores, lo que reestructurará al liderazgo del Estado, con todas las interacciones subsecuentes. Al alterar el papel de los militares, aunque sólo ligeramente, cuando se está en tiempos

de gran tensión y cambio en el modelo como un todo, se pone en riesgo la legitimidad de los procesos políticos.

El nacimiento de un partido de oposición radical, el Partido de la Revolución Democrática (PRD) ha provocado intensas luchas electorales y levantó la representación federal de la oposición a niveles sin precedentes. El presidente Salinas entró en función en 1988 con una escasa mayoría de votos, y en medio de evidentes fraudes electorales, o sea con dudosa legitimidad. Parece que muchos oficiales, soldados y sus familias votaron por Cárdenas. (...)

La modernización de los militares en términos de recursos más amplios, tanto de personal como de equipos, tiene sus consecuencias indirectas. Un ejército más fuerte tiene, si lo desea, medios poderosos para dar un golpe. La probabilidad del golpe es otro asunto.³⁷ El ejército mexicano ha sido siempre pobre en armamento moderno, comparado con sus colegas americanos. Hasta se enorgullece de conservar su material por largo tiempo. Así, en 1962, cuando se compraron 2000 vehículos nuevos para cambiar los que tenían 10 años, la SDN comentó que en los otros países el cambio ocurre cada 5, o cada 3 años.³⁸ —Vale decir que desde 1945 los gastos en material han sido considerados mezquinos, incluso por los oficiales menos críticos.³⁹ Según Piñeyro todos reconocen que el presupuesto militar no permite que los militares cumplan con su misión, pero el Alto Mando reconoce públicamente que hay, por otra parte, otras prioridades como educación y salud.

El vice almirante Pablo S. Portela comentó los esfuerzos de la Marina en contra del narcotráfico: "no nos estamos quejando por nuestra situación... no deseamos desviar mayores proporciones del presupuesto del gobierno federal, el cual tiene otras prioridades".⁴⁰ En 1990, México entró en unas negociaciones sin publicidad, con varios países, incluyendo a los Estados Unidos, para obtener tanques.⁴¹

El alto ritmo de modernización también indica la capacidad de los militares para influir en la toma de decisiones, o que el liderazgo civil comparte la preocupación de los militares sobre su capacidad para realizar nuevas funciones. Durante muchos años, el gasto militar ha caído sustancialmente, hasta el 2% del presupuesto en los años 80. Sin embargo, desde 1968 vale la pena anotar varios hechos. Primero, las fuerzas armadas han crecido materialmente, aunque siga siendo pequeño el porcentaje con relación a la población. Generalmente en América Latina, las fuerzas armadas son proporcionalmente 4 veces más grandes.⁴² En los años 1950 las fuerzas armadas contaban 50 000

hombres; en 1967, justo antes de los acontecimientos de la plaza de Tlatelolco, eran sólo 40 000; pero en 1976 al final de la administración de Echeverría, eran 88 000. En 1985, 115 000⁴³ y en 1990, 140 000.⁴⁴ Antes de 1980 el crecimiento promedio anual del presupuesto militar fue del 2.6% y el del gobierno nacional del 12%.⁴⁵ Sólo el 3% del presupuesto militar era para armas; el 60% era para sueldos.⁴⁶ En 1982 los gastos militares de México, en relación con el Producto Interno Bruto, fueron los más bajos entre 117 países.⁴⁷

Edward Williams señala que el presupuesto proyectado aumentó a principios de los 80 para la Secretaría de la Defensa Nacional, en un 80% mientras que el gasto gubernamental total creció un 39%. Se proyectaron gastos más fuertes pero el programa de austeridad lanzado por De la Madrid impidió tal expansión.⁴⁸ Los generales Félix Galván y Juan Arévalo Gardoqui, su sucesor en la Secretaría, querían un sistema extensivo de radar para luchar contra el narcotráfico, y por razones de seguridad.⁴⁹

Se debe de tener cuidado cuando se analiza el presupuesto de Defensa porque no se reportan muchas compras pequeñas o medianas. Según Phyllis Walker, el presidente suministró fondos discrecionales para la compra de los F-5 y los comisarios presentaron una cantidad significativa de dinero no reportado.⁵⁰

La relación entre la Secretaría de la Defensa Nacional y los civiles que toman decisiones en la de Programación y Presupuesto revela aspectos interesantes de relaciones cívico-militares. Un antiguo secretario de Programación y Presupuesto describió cómo se toman las decisiones sobre fondos militares:

Déjeme explicar cómo se reparten los fondos. Primero, hay dos tipos de cuentas: cuentas corrientes e inversiones. El primer tipo de cuenta, la cuenta corriente, incluye sueldos, uniformes y equipo. Los aumentos en la cuenta corriente ocurren a través de dos canales básicos. El primero, lo que uno pudiera llamar un aumento "natural", es a través de salarios. El segundo aumento, que es más importante, es el aumento en la cantidad de unidades militares. Lo que necesita Ud. entender es que en el segundo tipo de aumento, por nuestra falta de información y competencia en asuntos militares, es extremadamente difícil para nosotros evaluar si tales aumentos se necesitan de verdad. (...)

En mis tiempos había un departamento de contabilidad que controlaba las Secretarías de Defensa, Marina y Gobernación. En otras palabras, ésta gente, dentro de Programación y Presupuesto me ayudaba a evaluar las peticiones de esas tres Secretarías. Pero aún esos individuos que estaban mejor informados que el promedio oficial en mi agencia, no eran realmente capaces de apreciar adecuadamente las nuevas adquisiciones.⁵¹

Esta clara explicación sugiere dos puntos. Primero, es poca la cantidad de dinero pedido. Puesto que los presidentes y sus secretarios de programación la perciben como razonable, la solicitud de los militares es normalmente aprobada. Segundo, los civiles son ignorantes acerca de los militares y de sus necesidades. Los dos puntos están interrelacionados. En lo que se refiere a asuntos presupuestales, persiste una barrera entre los dos grupos porque no hay una presión económica suficiente para empujar a los civiles a una mayor curiosidad.

Muchos fondos van a servicios educacionales o sociales, como las pensiones. De acuerdo con el Artículo 21 del Instituto del Seguro Social de las Fuerzas Armadas, la pensión de un oficial retirado debería ser equivalente a la paga de su colega activo. El general Francisco Zepeda Alcázar comentó en 1983, en una entrevista que su pensión mensual era "la suma estratosférica de 22 174 pesos, casi 13 000 pesos menos que lo que gana un civil".⁵² Los oficiales retirados tienen que completar sus ingresos, y probablemente los oficiales deben hacerlo también antes de su jubilación.

Institucionalmente, los militares no han ejercido la presión suficiente para contar con fondos adecuados, aún para necesidades básicas. En casos específicos tratan de apoyarse en el presidente para lograr dinero o nuevos recursos. Por ejemplo, en 1977 el presidente entregó las industrias militares a la Secretaría de la Defensa y se las quitó a la burocracia civil federal.⁵³ En el caso de los F-5, bien documentado por Dziedzic, Galván le dijo al presidente: "Si ustedes quieren nuestro apoyo continuo, tenemos que ver nuestras necesidades cuidadas".⁵⁴ Sin embargo, las peticiones públicas de fondos no expresan siempre una presión militar; sino más bien, van destinadas a otros actores políticos para que el presidente pueda preparar al gabinete, y al público, para nuevos gastos militares.⁵⁵

El Colegio de la Defensa Nacional corresponde a la decisión de modernizar al ejército. Empezado a principios de los 80, el programa de modernización revisó la doctrina de seguridad nacional y el papel de los militares en su aplicación y definición. La rápida expansión de la industria del petróleo y la violencia en Centroamérica aceleraron ese proceso. Ya en 1981, el secretario de la Defensa le dijo a un periodista que los militares necesitaban más equipo y soldados para proteger instalaciones vitales, refiriéndose a Pemex y a la Compañía Federal de Electricidad.⁵⁶ Williams piensa que las extendidas funciones internas de seguridad de los militares indican que pasan a ser actores en la política y no sólo instrumentos de ella.⁵⁷ Las nuevas responsabilidades militares aparecen mencionadas en

el Plan de Desarrollo Nacional, además del deber más tradicional de defensa del territorio.⁵⁸ Así, como escribe Ronfeldt, “los militares están siendo preparados gradualmente, a través de la educación de los oficiales y de la modernización técnica, para desempeñar papeles más amplios, por si el liderazgo civil titubea y se requiere un liderazgo cívico-militar”.⁵⁹ En cambio, yo sostengo que tal preparación da a los oficiales un potencial aumentado para tener un liderazgo diferente.

No hay duda de que los militares estén cargando con más responsabilidad en asuntos de seguridad nacional. Sin embargo, algunos observadores no creen que estén ejerciendo mucha influencia en el terreno político. En 1986 Phyllis Walker reportó, en base a entrevistas con oficiales mexicanos, que los coroneles y los generales que atienden el CDN estaban sólo marginalmente interesados en materias nacionales y así tenían poca competencia para aconsejar al presidente en artículos de seguridad.⁶⁰ Un evento que hizo dudar de la capacidad política de los militares fue su respuesta al terremoto de 1985. De acuerdo al plan nacional de emergencia DN-III, la responsabilidad pertenecía a las fuerzas armadas, pero los civiles tuvieron que tomar el control.⁶¹

En 1988, Salinas creó un nuevo gabinete técnico. Al añadir un 5º grupo, Seguridad Nacional, dio voz a los militares en el proceso de toma de decisiones. Por lo tanto, los militares están tomando más en serio su papel en la seguridad nacional. De acuerdo a un experto mexicano, la Secretaría de la Defensa Nacional reemplazó a la Secretaría de Gobierno como un actor prominente.⁶² A pesar de los cambios estructurales, México no tiene el equivalente del Consejo Nacional de Seguridad de los Estados Unidos. La inteligencia militar no se “comparte” con sus colegas civiles. El Colegio de Defensa Nacional desde 1988, insiste sobre los temas de seguridad nacional.⁶³

Y desde esta fecha, el papel de los militares se ha vuelto más eminente, aún en materias que no pueden ser consideradas realmente como que están bajo la rúbrica de seguridad nacional.⁶⁴ (...)

Finalmente, los militares —como cualquier institución con un entendimiento del juego político— como último recurso, van a llamar, en sus regateos, a la presidencia. La modernización, dentro del contexto del papel de seguridad nacional de los militares, lleva a una redefinición de la imagen propia de los militares en términos de responsabilidades y de papel. Como los oficiales están siendo usados para implementar importantes decisiones del Ejecutivo, no pueden sino interesarse en asuntos políticos.

La otra esfera política que implica el compromiso militar es la de asuntos exteriores. Hasta ahora el papel de los militares en este campo ha sido mínimo, sino inexistente. Uno puede pensar que los militares estaban deseosos de tener una colaboración más cercana con los militares de los Estados Unidos pero que las autoridades civiles se pusieron en el camino. Desde mediados de los 80 se ha vuelto más extensiva la cooperación entre los dos ejércitos. Sólo hay evidencia en dos áreas de una mayor participación militar que la normal. La más analizada es la política hacia Centroamérica. La modernización del ejército ha ayudado sin duda a reforzar la política mexicana hacia esta zona, hacia Guatemala específicamente. Desde 1980 la Secretaría de la Defensa Nacional ha aumentado y reasignado a su personal en la región, reforzando la inteligencia militar.⁶⁵ Sin embargo, no hay evidencia concreta de que los militares hayan determinado la política exterior de México en la región. Por otra parte, han tenido una voz más fuerte en algunos asuntos, como en la inmigración desde el sur.⁶⁶

La evidencia disponible, aunque breve, reafirma pues que los militares, al menos hasta 1991, han tenido un papel muy limitado en el proceso de tomar decisiones.⁶⁷

En algunas decisiones políticas que tuvieron consecuencias tremendas, los militares no pidieron ser inmiscuidos pero los obligaron a participar cuando estalló el problema. Esto está ilustrado con los hechos de 1968, analizados en el segundo capítulo de mi libro y en la crisis durante la administración de Echeverría en 1971.⁶⁸ Estos ejemplos subrayan una deficiencia seria en el proceso de toma de decisiones.

Los civiles tanto quieren mantener a las fuerzas armadas fuera de la toma de decisión política que los militares actúan sólo en las últimas etapas del proceso. Esto es peligroso por varias razones. Primero, los militares, cuando es apropiado, necesitan ofrecer su propia interpretación de una situación y de las repercusiones para las fuerzas armadas y para la sociedad. Segundo, sacar a los militares de la cadena de información, afecta al resultado de una decisión. Las decisiones se hacen a partir de la información, inadecuada o no. Tercero, es peligroso esperar hasta que la situación esté en su fase crítica, para implicar a los militares en el proceso de decisión, como lo muestra la cadena de hechos de 1968; eso hace que los militares tomen sus propias decisiones con poca consideración por las repercusiones políticas.

Mientras el sistema político se deforma en la transición y la liberalización, el potencial de la participación

de los militares puede crecer.⁶⁹ En junio de 1990 se mandó a la tropa a Guerrero para desalojar a los simpatizantes armados del PRD de los ayuntamientos y al menos cinco activistas fueron muertos en un pueblo.⁷⁰ La resistencia al fraude electoral perpetrado por el gobierno bien podría resultar en una intervención militar. Por otro lado, los militares podrían ser una voz persuasiva para explorar otras alternativas. Contra una creencia común, los generales muchas veces desaconsejan el uso de la fuerza, a la luz de su propia experiencia.

Como lo ha dicho Morris Janowitz, las habilidades de liderazgo político se diferencian radicalmente de las del liderazgo militar, en especial en conexión con la movilización de las masas y la retórica. Los políticos, dice, están socializados prontamente hacia técnicas y procesos de negociación, en contraste con el personal militar.⁷¹ Por supuesto, la falta de tales habilidades no ha disuadido a los militares de entrar al proceso de toma de decisión ni de intervenir directamente en asuntos políticos. El liderazgo civil, sin embargo, hasta ahora tuvo una ventaja especial porque nunca tuvo que competir con un partido serio de oposición. Los desafíos electorales del PRD en 1988-1991 no sólo amenazan al PRI sino que implican un posible realineamiento de las relaciones del gobierno con los militares, los sindicatos y otros grupos.

El personal militar nunca ha sido animado para desarrollar habilidades verbales, útiles fuera del cuartel. Aún en clase, los coroneles y generales tienden a ser reticentes porque tuvieron poca experiencia en el debate intelectual.⁷² Como lo dice Piñeyro, la regla de oro es "el alto mando no hace pronunciamientos en la prensa sobre problemas nacionales (inflación, desempleo, corrupción), o problemas internacionales (crisis financieras, guerras de Centroamérica o Medio Oriente), y cuando lo hace, es para ayudar al presidente o al secretario de Estado".⁷³ La transgresión de esta "regla", que sólo sucedió poquísimas veces, resulta en el inmediato cambio o renuncia del culpable. El silencio impuesto hace casi imposible que los militares produzcan personalidades públicas.

Los políticos siempre han tenido cuidado en alabar a los militares públicamente por su lealtad y servicio hacia la República.⁷⁴ Muchos observadores piensan incluso que los elogios son excesivos.⁷⁵ En 1986 el secretario de Gobernación Manuel Bartlett felicitó a las fuerzas armadas por su gran prestigio, sus acciones, y su respeto por la unidad nacional.⁷⁶ Un presidente llamó al ejército "un tesoro nacional" por su lealtad única y de gran duración.⁷⁷ El ejército ha hecho patente

su lealtad a las instituciones políticas, que por supuesto desde 1946 ha significado lealtad a una facción política. El general Cuenca Díaz, mucho antes de ser secretario de la Defensa, hace unos 40 años, escribió un editorial en la que anotó:

Tenemos que recordar que la "fuerza viene de la unidad" y por eso tenemos que estar alerta contra cualquier tipo de disociación que pusiera nuestra integridad nacional en peligro. No podemos permitir ninguna visión falsa... La fórmula de nuestro destino está sintetizada en estas pocas palabras: Trabajo y Lealtad a México a través de sus instituciones.⁷⁸

Una tercera limitación informal de la influencia militar es el consenso entre los civiles sobre el papel de los militares. La solidaridad de la élite en el sentido posible más amplio, es igualmente importante.⁷⁹ Por supuesto, este consenso ha sido posible porque el modelo del SMP ha funcionado. Sin embargo, nunca ha habido, desde 1958, un intento por parte de la oposición (Partido Acción Nacional, o partidos de izquierda), para buscar la ayuda militar. A pesar de sus enfrentamientos en muchos asuntos económicos y sociales, hasta el grado de producir una división en el liderazgo en 1987, las élites civiles han estado "singularmente unidas en su compromiso para limitar el papel político de los militares".⁸⁰ El Partido Demócrata Mexicano abre, sin embargo, la posibilidad por primera vez en treinta años para que un grupo importante de líderes políticos pueda pedir el apoyo militar de protección constitucional y legislativa, forzando a los militares a escoger entre la lealtad al Estado y la lealtad a la ley.

Finalmente, una técnica menos halagadora de la supremacía civil en las relaciones cívico-militares ha sido sugerida, pero sin evidencia empírica. El Estado mexicano ha cooptado a la oposición política (intelectuales abiertos, y gente de negocios reacia). Porfirio Díaz fue un maestro para seducir y comprar a la élite, lo mismo política que militar. Los líderes postrevolucionarios usaron la misma técnica. Obregón acuñó la frase "Ningún general puede resistir un cañonazo de 50 000 pesos". Los oficiales más antiguos fueron empujados hacia negocios, canonjías y favores, y aún actividades ilícitas, como contrabando, tráfico de drogas y prostitución.⁸¹

El factor cultural más importante que explica la subordinación militar a la autoridad civil en cualquier sociedad es la intensidad con la cual la ciudadanía misma reconoce la supremacía del gobierno. Irónicamente, esta variable se olvida en el análisis de América Latina, y sólo ocasionalmente se prueba empíricamente.⁸² Como lo sugiere William S. Ackroyd, "las

relaciones cívico-militares de América Latina nunca pueden ser las de América del Norte y de Europa del Oeste, porque los civiles de América Latina nunca han rechazado la utilización de los militares para conseguir sus metas políticas partidarias".⁸³ Sin embargo, los nuevos estudios de opinión pública indican un consenso relativamente fuerte contra la intervención militar. El antimilitarismo se refleja de otras maneras. Los políticos, a nivel local, no están listos para aceptar la utilización del ejército por el presidente Salinas, aunque los resultados sean dignos de alabanza. Por ejemplo, después de que el presidente usara las fuerzas armadas para capturar al narcotraficante Félix Gallardo, el Congreso de Sinaloa votó una resolución unánime, criticando la intervención militar.⁸⁴

Las inhibiciones informales impuestas por los civiles y particularmente por el liderazgo presidencial están integradas al modelo político mexicano. La autoridad presidencial se ejerce sobre los militares en términos no sólo de nombramiento sino también de mando. El jefe del ejecutivo puede ordenar movimientos de tropas para propósitos de seguridad interna o defensa externa.⁸⁵ De acuerdo a la legislación más reciente, revisada en 1986, "el mando supremo del ejército y fuerza aérea corresponde al presidente de la República, que lo ejerce él mismo o a través del secretario de Defensa Nacional" (Artículo 11). Específicamente, los poderes presidenciales incluyen el nombramiento del secretario de la Defensa, el subsecretario, el oficial mayor, el inspector general, el interventor general, el procurador general de justicia militar y el presidente y jueces de la Suprema Corte Militar; el jefe del Estado Mayor presidencial; los comandantes de zona; los comandantes de unidad; y todos los directores de departamentos en la Secretaría de la Defensa Nacional.⁸⁶ La Ley Orgánica de la Armada, revisada en Enero de 1985, corresponde a los estatutos del ejército.⁸⁷ (...)

Bajo el presidente Salinas, la toma de decisión se ha vuelto más centralizada en la presidencia, canalizada a través del gabinete técnico. Algunos asuntos como el control sobre las elecciones, la seguridad interna, la censura de los medios y la lucha contra el narcotráfico, muchos de los cuales han estado confiados a la Secretaría de Gobernación, están manejados ahora directa o indirectamente por la presidencia. Por ejemplo, el presidente cambió al coronel Jorge Carrillo Olea de jefe de seguridad interna a director del programa antidroga. Carrillo Olea está desarrollando una red de información con agencias norteamericanas que no tienen nada que ver con la droga, incluyendo al Consejo de Seguridad Nacional y al Pentágono. Se dice que re-

porta a José Córdoba, jefe del gabinete técnico del presidente.⁸⁸

Los militares se han alejado de la política, quedando subordinados a la autoridad civil, como consecuencia de la fuerza de las instituciones civiles. Los presidentes Calles y Cárdenas especialmente, como sus sucesores, usaron su influencia y habilidad para desarrollar la fuerza del partido y del estado corporativo y para atrincherar el liderazgo civil firmemente en ambas instituciones.⁸⁹ Como lo he recalcado en otra parte, la participación militar en la política ha sido transformada en influencia militar en la política, basada en la legitimidad aumentada de instituciones civiles y gubernamentales. Esta es una distinción importante. En efecto, los militares se volvieron uno de los varios grupos de interés cooptados por el Estado, compartiendo algunas similitudes con trabajadores, campesinos, intelectuales, y hombres de negocio. Algunos han atribuido la legitimidad del Estado básicamente al PRI, pero el ingrediente esencial ha sido en verdad la burocracia u organizaciones del Estado.⁹⁰

Existe alguna evidencia de que las fuerzas armadas quisieron formar una estructura única bajo la Secretaría de la Defensa Nacional. Eso hubiera dado al ejército el control de la Marina y de la Fuerza Aérea. De acuerdo a Stephen Wager, tales intentos han fracasado porque los líderes políticos "temen que tal estructura de mando hiciera muy poderosa a la Secretaría de la Defensa, y subsecuentemente, redujera el control civil sobre los militares".⁹¹ Pero, punto interesante, no se menciona la reacción de la Marina frente a este proyecto.

La supremacía civil sobre los militares es importante no sólo porque instrumenta tal dominio sino porque deja las fuerzas armadas sin experiencia en el ejercicio del poder. Es cierto que una grieta en el liderazgo político, o un movimiento fuerte de oposición que se viese frustrado de una victoria legal hubiera forzado a los militares a escoger, transformándolos así en el papel de "hacedor de reyes".⁹² Sin embargo, la falta de experiencia política de los militares los dejaría casi incapaces de tomar y conservar el poder.⁹³ Un cambio radical en su presente papel requeriría de otro aliado político.

Es necesario subrayar que si bien los civiles controlan la toma de decisión, dejan dos renglones a los militares. Los civiles no determinan el ejercicio interno del presupuesto de los militares; los secretarios militares lo hacen. Tampoco, el contralor general, que se supone que investiga las irregularidades fiscales, interviene en el presupuesto militar.⁹⁴ Ni tampoco los políticos se han metido en el proceso de promoción de los oficiales

desde los años 1950, dejándolo en las manos del mando militar. A veces los presidentes han alterado el ritmo de promociones o han estado en desacuerdo con las recomendaciones de los secretarios, pero no han promovido a oficiales que estaban fuera de turno.

En términos generales en otras partes del Tercer Mundo la presencia de seis variables explica la supremacía civil: los imperativos constitucionales que limitan el impacto político de los militares; cualidades atribuidas (clase o etnicidad) que afectan las relaciones entre líderes civiles y militares; un fuerte partido político; fuerza y legitimidad de las instituciones políticas; factores geográficos e históricos que permiten el mantenimiento de pequeñas fuerzas armadas con estrechas responsabilidades; y delineamiento de esferas claras de responsabilidad militar, que llevan a la aceptación de una ética de subordinación.⁹⁵ A estas 6 variables universales, se deberían añadir otras 3, en el caso mexicano: los líderes civiles prodigan a los militares alabanza psicológica; el compromiso militar en liderazgo político ha sido reducido gradualmente;⁹⁶ los civiles permanecen estrictamente fuera de los asuntos internos militares.

En resumen, las variables mexicanas corresponden a patrones universales. Desde 1946 las variables más importantes han sido la fuerza de las instituciones políticas, partido y Estado; la actitud de los oficiales hacia su papel político; la actitud de los dirigentes y de la sociedad como un todo hacia el papel militar; la importancia de las academias militares al socializar el cuerpo oficial en una ética de subordinación a la autoridad civil; la autonomía de los militares en asuntos internos, y las raíces revolucionarias comunes tanto del mando militar como del poder civil.

Las variables que tienen más influencia en el caso mexicano son las fuentes de la ética militar de subordinación. La profesionalización ha sido devaluada en la literatura científica sobre el tema, pero no cabe duda de que ha sido esencial en México. Igualmente importantes, las academias militares han fomentado un homogéneo y estricto proceso de socialización. Se le debe dar más peso a las actitudes de la sociedad hacia los militares porque las mismas actitudes militares son un producto de valores sociales más amplios.⁹⁷

La duda sobre una intervención militar y un resurgimiento del militarismo en México está ligada a la estabilidad política, a la legitimidad de las instituciones y a la fuerza de organizaciones como el PRI. El consenso es que el aumento de la agitación política llevará a un papel político-militar mayor; que esa agitación es probable, pero que sólo un cambio radical en el sistema político puede provocar un golpe de estado militar a gran escala.⁹⁸ De acuerdo con este punto de vista, el

ejército no ha estado interesado en intervenir porque las instituciones civiles, principalmente la presidencia, no han sido amenazadas. De acuerdo a una fuente cercana de antiguos oficiales: "lo que causa que los militares se metan hasta la cocina es una amenaza a las instituciones".⁹⁹

¿Qué es lo que provocaría la intervención militar? Vienen a la mente varias posibilidades. Una fuente de cambio radical es la división de las élites.¹⁰⁰ Puede crear un ambiente propicio a la intervención militar —si los militares se dan cuenta que el liderazgo político es incompetente. Para que esto ocurra, la mayoría de las masas deberían rechazar el mando político y las instituciones como ilegítimas e ineficaces.¹⁰¹ Un defecto en el análisis político es que se centra en actores políticos mayores, especialmente en la arena electoral, notablemente el PRI y el PRD. Sin embargo, observadores perceptivos detectan actividad considerable entre organizaciones espontáneas en las provincias y en los centros urbanos. Sus miembros están aprendiendo cómo articular las peticiones y cómo movilizarse colectivamente. Son estos grupos los que podrían dar una visión alternativa de las instituciones políticas de México. Para controlar esta situación, el liderazgo político debe buscar activamente y consolidar nuevas bases.¹⁰²

Otra fuente de cambio político es la resistencia del partido en el poder a reconocer las victorias electorales de la oposición y su recurso al fraude. Las élites, preocupadas por su perpetuación en el poder, continúan frustrando la modernización política y la reforma electoral. La violencia política aumenta en consecuencia y los militares serán llamados para intervenir, para proteger un sistema ilegítimo. El ejército, en tal caso, pedirá y recibirá un papel más fuerte en el proceso político o intentará cambiar el sistema en tal forma que no sea requerido para reprimir la protesta popular.¹⁰³ Algunos observadores creen que los militares ya han aceptado el hecho de que se recurrirá a los soldados para el control de las multitudes y peleas callejeras en periodos electorales.¹⁰⁴

El gobierno de México ha buscado desarmar a los opositores y confundir a los analistas tomando la iniciativa para resistir al cambio mientras reconstruye una coalición política. Tal coalición podría dar más peso y un papel más visible a dos actores políticos tradicionales: Iglesia y ejército. Otros ingredientes en la fórmula política son la clase media alta, los mexicanos urbanos, los empresarios, la comunidad internacional (especialmente los Estados Unidos) y un ala del partido de oposición tradicional. Con su fuerte liderazgo —no sorprendente, como nos lo enseñó Rafael Segovia hace 20 años— Salinas ha podido capear el temporal y

establecer una nueva base de poder, devolviendo alguna legitimidad al sistema político y mucho prestigio al mismo presidente.

Se debe tener extremo cuidado para no confundir un papel militar más patente con una remilitarización de la sociedad mexicana. Como lo describe con certeza David Ronfeldt:

Toda nueva conexión político-militar, formal o informal, parece aumentar la influencia militar en la política. Pero a ninguna institución en México le está permitido desarrollarse y modernizarse sin que se convierta en un compañero del Estado y del PRI. Entonces, las conexiones político-militares pueden ser una señal de modernización e institucionalización en el sistema corporatista de México y de la habilidad del sistema para mantenerse en tiempos de crisis, sin que ello signifique que los militares hayan ganado influencias a expensas del liderazgo civil.¹⁰⁵

Por otra parte, abundan los riesgos cada vez que una coalición política se modifica.

El creciente papel de los militares, por todas las razones mencionadas, principalmente por la seguridad interna, legítima una potencial y mayor influencia, no sólo en la ejecución de decisiones políticas sino en la formulación de la política. En una sociedad donde la intervención política militar es vista negativamente por la mayoría de los ciudadanos, pero no por todos los ciudadanos, existe un margen de error. Mientras persiste este margen, es prematuro afirmar antes que la intervención militar no es viable como alternativa política en México.

Notas

- ¹ Sam C. Sarkesian, *Beyond the Battlefield: The New Military Professionalism* (New York: Pergamon Press, 1981), 239.
- ² Henry Bienen, "Civil-Military Relations in the Third World", *International Political Science Review* 2, no 3 (1981): 365.
- ³ Sam C. Sarkesian, "Military Professionalism and Civil-Military Relations in the West", *International Political Science Review* 2, no. 3 (1981): 290.
- ⁴ *Ibid.*, 291.
- ⁵ Marion J. Levy, Jr., "Armed Forces Organization", in *The Military and Modernization*, Henry Bienen (Chicago: Aldine-Atherton, 1971), 49.
- ⁶ Alan Riding, *Distant Neighbors: A Portrait of the Mexicans* (New York: Knopf, 1985), 93, 368.
- ⁷ Entrevista personal, México D.F., 1990.
- ⁸ Entrevista personal, México D.F., 1991.
- ⁹ Martin H. Greenberg, *Bureaucracy and Development: A Mexican Case Study* (Lexington).
- ¹⁰ Entrevista personal, México D.F., 1990.
- ¹¹ Sarkesian, "Military Professionalism and Civil-Military Relations in the West", 285.
- ¹² Roderic Ai Camp, "Political Modernization in Mexico: Through a Looking Glass", in *Political Evolution in Mexico*, ed. Jaime O. Rodríguez (Wilmington, De.: Scholarly Resources, 1992).
- ¹³ Véase José Luis Piñeyro, "The Modernization of the Mexican Armed Forces", in *Democracy under Siege: New Military Power in Latin America*, ed. Augusto Varas (Westport, Conn.: Greenwood Press, 1989), 117.
- ¹⁴ Entrevista personal, México D.F., 1991.
- ¹⁵ Rodney W. Jones and Steven A. Hildreth, eds., *Emerging Powers: Defense and Security in the Third World* (New York: Praeger, 1986), 387.
- ¹⁶ Entrevistas personales, México D.F., 1991.
- ¹⁷ Michael J. Dziedzic, "The Essence of Decision in a Hegemonic Regime: The Case of Mexico's Acquisition of a Supersonic Fighter" (Ph. D. diss., University of Texas, Austin, 1986), 327.
- ¹⁸ *Acción*, Enero 18, 1982, 8.
- ¹⁹ *Ibid.*
- ²⁰ William S. Ackroyd, "The Military in Mexican Politics: The Impact of Professionalization, Civilian Behavior, and the Revolution" (Paper presentado en el Pacific Coast Council of Latin Americanists, San Diego, Octubre 1982), 17.
- ²¹ Entrevistas personales, México D.F., 1991.
- ²² Sarkesian, "Military Professionalism and Civil Military Relations in the West", 287.
- ²³ *Ibid.*, 291.
- ²⁴ Moshe Lissak, "Center and Periphery in Developing Countries and Prototypes of Military Elites", in *Militarism in Developing Countries*, ed. Kenneth Fidel (New Brunswick, N.J.: Transaction, 1975), 49.
- ²⁵ Cámara de Senadores, *Memorias*, Noviembre 7, 1941, 5.
- ²⁶ Dziedzic, "The Essence of Decision in a Hegemonic Regime", 282.
- ²⁷ David Ronfeldt, "The Mexican Army and Political Order Since 1940", in *Armies and Politics in Latin America*, ed. Abraham F. Lowenthal (New York: Holmes and Meier, 1976), 295, para los ejemplos de provincia y mi "Civilian Supremacy in Mexico, the Case of a Post-Revolutionary Military", in *Military Intervention and Withdrawal*, ed. Constantine P. Danopoulos (London: Routledge, 1991), 23.
- ²⁸ Edward J. Williams, "The Evolution of the Mexican Military and Its Implications for Civil-Military Relations", in *Mexico's Political Stability: the Next Five Years*, ed. Roderic Ai Camp (Boulder, Col.: Westview Press, 1986), 151.
- ²⁹ David Ronfeldt, *The Mexican Army and Political Order since 1940* (Santa Monica: Rand Corporation, 1973), 8.
- ³⁰ Lyle N. McAlister, *The Military in Latin American Socio-political Evolution: Four Case Studies* (Washington, D.C.: Center for Research in Social Systems, 1970), 243.
- ³¹ *Sin más armas que la vida misma* (México: Acción Nacional, 1986), incluye fotos actuales del fraude.
- ³² Williams, "The Evolution of the Mexican Military", 152.
- ³³ Según lo consideran los militares (analizados por ellos con todo detalle) los potenciales elementos desestabilizadores son: socialismo, religión, masonería, semitismo, imperialismo, oligarquía y administración pública.
- ³⁴ Entrevista personal, México D.F., 1990.
- ³⁵ Otto Granados Roldán, "¿Regreso a las armas?" in *El desafío mexicano*, ed. Francisco de Alba et al. (México: Ediciones Oceano, 1982), 127.
- ³⁶ David Ronfeldt, "The Modern Mexican Military", in *Armies*

- and Politics in Latin America, ed. Abraham Lowenthal and J. Samuel Fitch (New York: Holmes and Meier, 1986), 234.
- ³⁷ Williams, "The Evolution of the Mexican Military", 147.
- ³⁸ Karl M. Schmitt, "The Role of the Military in Contemporary Mexico", in *The Caribbean: Mexico Today*, ed. Curtis A. Wilgus (Gainesville: University of Florida Press, 1964), 54.
- ³⁹ Edwin Lieuwen, "Depolitization of the Mexican Revolutionary Army, 1915-1940", in *The Modern Mexican Military: A Reassessment*, ed. David Ronfeldt (La Jolla: Center for United States-Mexican Studies, University of California, San Diego, 1984), 61.
- ⁴⁰ José Luis Piñeyro, "Presencia política militar nacional y en el Distrito Federal: Propuestas de análisis", in *Distrito Federal, gobierno y sociedad civil*, ed. Pablo González Casanova (México: El Caballito, 1987), 70.
- ⁴¹ Americas Watch, *Report on Mexico*, 8.
- ⁴² "Seizing Control: Latin American Military Motives, Capabilities, and Risks", *Armed Forces and Society* 10 (Verano 1984): 571.
- ⁴³ Gloria Fuentes, *El Ejército mexicano* (México: Grijalbo, 1983), 111-130.
- ⁴⁴ Entrevista personal, México D.F., 1990.
- ⁴⁵ Merilee Grindle, "Civil-Military Relations and Budgetary Politics in Latin America", *Armed Forces and Society* 13 (Invierno 1987): 258.
- ⁴⁶ Guillermo Boils, "Fuerzas armadas y armamentismo en México", *Nueva Política* 2 (Abril-septiembre, 1977): 356.
- ⁴⁷ Alfred Stepan, *Rethinking Military Politics: Brazil and the Southern Cone* (Princeton: Princeton University Press, 1988), 75.
- ⁴⁸ Edward J. Williams, "Mexico's Central American Policy: National Security Considerations", in *Rift and Revolution: the Central American Imbroglío*, ed. Howard J. Wiarda (Washington, D.C.: American Enterprise Institute, 1984), 303-328.
- ⁴⁹ Marvin Alisky, "Mexico", in *Arms Production in Developing Countries: An Analysis of Decision Making*, ed. James Everett Katz (Lexington, Mass.: Lexington Books, 1984), 249.
- ⁵⁰ Phyllis Greene Walker, "The Modern Mexican Military: Political Influence and Institutional Interests in the 1980s" (M.A. thesis, American University, 1987), 64; José Luis Piñeyro, "The Mexican Army and the State: Historical and Political Perspective", *Revue Internationale de Sociologie* 14 (Abril-Agosto 1978): 147.
- ⁵¹ Entrevistas personales, México D.F., 1990.
- ⁵² Raúl Monje, "Con 371 000 hombres, las fuerzas armadas de México se modernizan", *Proceso*, Junio 14, 1983, 25.
- ⁵³ *Proceso*, Octubre 3, 1977, 33.
- ⁵⁴ Dziedzic, "The Essence of Decision in a Hegemonic Regime", 181, 179.
- ⁵⁵ *Ibid.*, 181-182.
- ⁵⁶ Edward Williams, "Mexico's Central American Policy: Revolutionary and Prudential Dimensions", in *Colossus Challenged: The Struggle for Caribbean Influence*, ed. H. Michael Erisman and John D. Martz (Boulder, Col.: Westview Press, 1982), 159.
- ⁵⁷ Edward J. Williams, "The Mexican Military and Foreign Policy: The Evolution of Influence", in *The Modern Mexican Military: A Reassessment*, ed. David Ronfeldt (La Jolla: Center for United States-Mexican Studies, University of California, San Diego, 1984), 188.
- ⁵⁸ Luis Herrera-Lasso y Guadalupe González G., "Balance y perspectiva en el uso del concepto de la seguridad nacional en el caso de México", 1989, 24.
- ⁵⁹ David F. Ronfeldt, "The Modern Mexican Military: An Overview", in *The Modern Mexican Military: A Reassessment*, ed. Ronfeldt (La Jolla: Center for United States-Mexican Studies, University of California, San Diego, 1984), 11.
- ⁶⁰ Walker, "The Modern Mexican Military", 79.
- ⁶¹ Herrera-Lasso y González G., "Balance y perspectiva en el uso del concepto de seguridad nacional", 18.
- ⁶² Entrevista personal, México, D.F., 1991.
- ⁶³ Entrevista personal.
- ⁶⁴ Lorenzo Meyer, "Ejército y Cananeas del futuro", *Excelsior*, September 6, 1989, 12.
- ⁶⁵ Caesar Sereseres, "The Mexican Military Looks South", in *The Modern Mexican Military: A Reassessment*, ed. David Ronfeldt (La Jolla: Center for United States-Mexican Studies, University of California, San Diego, 1984), 211.
- ⁶⁶ Williams, "Mexico's Central American Policy", 159; Williams, "Mexico's Central American Policy: National Security Considerations", in *Rift and Revolution: Central American Imbroglío*, ed. Howard J. Wiarda (Washington, D.C.: American Enterprise Institute, 1984), 303-328; Williams, "Mexico's Modern Military: Implications for the Region", *Caribbean Review* 10 (Otoño 1981): 12-13, 45.
- ⁶⁷ Schmitt, "The Role of the Military in Contemporary Mexico", 61.
- ⁶⁸ Sergio Zermefio, "De Echeverría a De la Madrid: Las clases altas y el estado mexicano" (Paper presentado en el Latin American Program, Woodrow Wilson International Center for Scholars, 1982), 27.
- ⁶⁹ Brian Latell, *Mexico at the Crossroads: The Many Crises of the Political System* (Stanford: Hoover Institution, 1986), 28-29.
- ⁷⁰ Brook Larmer, "Regional Organizations Gain Political Clout", *Christian Science Monitor*, Junio 4, 1990.
- ⁷¹ Morris Janowitz, *The Military in the Development of New Nations* (Chicago: University of Chicago Press, 1964), 42-43.
- ⁷² Entrevistas personales, México, D.F., 1989-1990.
- ⁷³ Piñeyro, "Presencia política militar nacional", 65.
- ⁷⁴ Franklin D. Margiotta "Civilian Control and the Mexican Military: Changing Patterns of Political Influence", in *Civilian Control of the Military: Theories and Cases from Developing Countries*, ed. Claude E. Welch, Jr. (Albany: State University of New York Press, 1976), 218.
- ⁷⁵ *Ibid.*, 247.
- ⁷⁶ Senado, *Diario de los debates*, no. 11, Octubre 1, 1986, 10.
- ⁷⁷ Entrevista personal, México, D.F., 1990.
- ⁷⁸ "Editorial, la lealtad a nuestras instituciones", *Revista de Ejército y Fuerza Aérea*, Abril-junio, 1952, 4.
- ⁷⁹ Gordon C. Schloming, "Civil-Military Relations in Mexico, 1910-1940: A Case Study" (Ph.D. diss., Columbia University, 1974), 56.
- ⁸⁰ Grindle, "Civil-Military Relations and Budgetary Politics in Latin America", 263.
- ⁸¹ Alan Riding, *Distant Neighbors: A Portrait of the Mexicans* (New York: Knopf, 1984), 91.
- ⁸² Irving Louis Horowitz "Militarism and Civil-Military Relationships in Latin America: Implications for the Third World", *Research in Political Sociology*, vol. 1 (Greenwich, Conn.: JAI Press, 1985), 96.
- ⁸³ William S. Ackroyd, "Descendants of the Revolution: Civil-Military Relations in Mexico" (Ph.D. diss., University of Arizona, 1988), 27.
- ⁸⁴ Larry Rohter, "Use of Troops a Cause of Concern in Mexico",

- New York Times*, Noviembre 5, 1989, 8.
- ⁸⁵ Leon Padgett, *The Mexican Political System*, 2d ed. (Boston: Houghton Mifflin, 1976), 199.
- ⁸⁶ Revised Organic Law, *Diario Oficial*, Diciembre 26, 1986, 2-3.
- ⁸⁷ *Diario Oficial*, Enero 14, 1985.
- ⁸⁸ Entrevista personal, México, D.F., 1991.
- ⁸⁹ Franklin D. Margiotta, "Civilian Control and the Mexican Military," 246; Samuel J. Fitch, "Armies and Politics in Latin America: 1975-1985", in *Armies and Politics in Latin America*, ed. Abraham Lowenthal and Samuel Fitch (New York: Holmes and Meier, 1986), 37.
- ⁹⁰ Camp, "Civilian Supremacy in Mexico", 10.
- ⁹¹ Robert Wesson, *The Latin American Military* (Westport, Conn.: Greenwood Press, 1986), 32.
- ⁹² Michael J. Dziedzic, "Mexico's Converging Challenges: Problems, Prospects, and Implications" (texto dactilografiado, U.S. Air Force Academy, Abril 12, 1989), 84.
- ⁹³ Herrera-Lasso and González, G. "Balance y perspectiva en el uso del concepto de la seguridad nacional", 28.
- ⁹⁴ Véase *Proceso*, July 23, 1990. "You know that here the controller general, which we have to investigate fiscal irregularities, never intervenes in the military budget". Entrevista personal, México, D.F., 1990.
- ⁹⁵ See Claude E. Welch, Jr., "Civilian Control of the Military: Myth and Reality", in *Civilian Control of the Military: Theory and Cases from Developing Countries* (Albany: State University of New York Press, 1976), 5-6; Welch, *No Farewell to Arms? Military Disengagement from Politics in Africa and Latin America* (Boulder, Col.: Westview Press, 1987), 17-19; Welch, "Civil-Military Relations: Perspectives from the Third World", *Armed Forces and Society* 11 (Winter 1985): 183-198.
- ⁹⁶ Margiotta, "Civilian Control and the Mexican Military" 246-248.
- ⁹⁷ Rafael Segovia, *La politización del niño mexicano* (México: El Colegio de México, 1975), 130.
- ⁹⁸ Ronfeldt, "The Mexican Army and Political Order since 1940", 226, in 1976; José Luis Reyna, "Redefining the Authoritarian Regime", in *Authoritarianism in Mexico*, ed. José Luis Reyna and Richard S. Weinert (Philadelphia: Institute for the Study of Human Issues, 1977), 155-172, Francisco J. Suárez Farías; "Notas para una historia de las relaciones políticas entre gobierno y ejército mexicanos" (Universidad Metropolitana, Unidad Xochimilco, 1978), 31; Alden M. Cunningham, "Mexico's National Security in the 1980s-1990s", in *The Modern Mexican Military: A Reassessment*, ed. David Ronfeldt (La Jolla: Center for United States-Mexican Studies, University of California, San Diego, 1984), 172.
- ⁹⁹ Christopher Dickey, "Modernization Could Lead Mexican Military into Politics", *Washington Post*, Septiembre 1988.
- ¹⁰⁰ David Ronfeldt's, "Whither Elite Cohesion in Mexico: A Comment" (Santa Mónica: Rand Corporation, Noviembre 1988).
- ¹⁰¹ Susan K. Purcell, "The Future of the Mexican Political System", in *Authoritarianism in Mexico*, ed. José Luis Reyna and Richard S. Weinert (New York: Institute for the Study of Human Issues, 1977), 187.
- ¹⁰² John J. Bailey, *Governing Mexico: The Statecraft of Crisis Management* (New York: St. Martin's Press, 1988), 192.
- ¹⁰³ Jorge Castañeda, "México at the Brink", *Foreign Affairs* 64 (Invierno 1985-1986): 293.
- ¹⁰⁴ Carl J. Migdail, "Mexico's Failing Political System", *Journal of Inter-American Studies and World Affairs* 29 (Otoño 1987), 118.
- ¹⁰⁵ David Ronfeldt, "Questions and Cautions about Mexico's Future", in *Mexico in Transition: Implications for U.S. Policy*, ed. Susan K. Purcell (New York: Council on Foreign Relations, 1988), 63.

NORMAS PARA LA DESCRIPCIÓN DE VASIJAS CERÁMICAS

Hélène Balfet / Marie-France Fauvet-Berthelot
Susana Monzón



CENTRE D'ÉTUDES MEXICAINES ET CENTRAMÉRICAINES (CEMCA)